

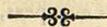
«non possit? Et campos ubi Troja fuit, ecce paucissimis verbis maxi-
mam civitatem hausit et absorpsit: non reliquit illi nec ruinam.»
Saturn., lib. V, cap. 1.

Nota 26, pág. 51.

La Sicilia, célebre entre los antiguos por su fertilidad, y sobre todo por la gran cantidad de trigo que producía, era el granero de Roma.



INTRODUCCION AL DIÁLOGO SEGUNDO.



ENGE Cervántes en este Diálogo, que los dos vecinos, Zuazo y Zamora, tratan de obsequiar al forastero Alfaro, llevándole á recorrer la principal parte de la ciudad de México. Al efecto, los tres interlocutores salen de la calle de Santa Clara, y tomando la de Tacuba, siguen por el Empedradillo, Portal de Mercaderes, Diputacion, Portal de las Flores, frente de Palacio, Seminario, 1ª y 2ª calles del Reloj, Santa Catalina de Sena, Perpetua, Cerca de Santo Domingo, 2ª y 1ª de San Lorenzo, la Concepcion, Santa Isabel, San Juan de Letran, Hospital Real, 1ª y 2ª de San Juan, Vizcainas, Portal de Tejada, 2ª de Mesones, Alfaro, Arco de San Agustin, y Jesus, hasta el Hospital del mismo nombre, en la entonces famosa *calle de Iztapalapa*, y de allí se van para la casa de Zuazo, donde se quedan á comer, para volver á salir en la tarde, como lo verificaron, yendo á Chapultepec, cuyo paseo da asunto al *Diálogo* tercero.

En el presente tenemos, pues, la descripcion de la mejor parte de la ciudad española, tal como se hallaba en 1554, treinta y tres años despues de la conquista. Acaso Cervántes, por un movimiento de orgullo, muy excusable en un español, exageraba la grandeza y hermosura de la nueva ciudad, pero aun descartando las exclamaciones é hipérboles que pone en boca de sus interlocutores, queda siempre un fondo de verdad innegable, porque no podía describir calles y edificios que no existieran. En la severa censura que hace de la mezquindad y pobreza de la primera catedral, tenemos un ejemplo de que no elogiaba sin tasa. Su descripcion no es tampoco un rasgo poético, como la *Grandeza Mexi-*

cana, de Balbuena, en que casi necesariamente se habia de abultar y embellecer la realidad, sino un diálogo familiar en prosa para ejercicio de unos estudiantes que tenian á la vista la ciudad descrita, y podian burlarse á cada paso de las exageraciones de su profesor, con grave mengua del respeto que le debian. Es cierto que México, encerrado en los límites de la *traza*, no podia ser mas que un grupo, relativamente pequeño, de casas de españoles, entre las que descollaban algunas buenas fábricas. Las muchas acequias que cortaban la ciudad no contribuirían, por cierto, á su aseo; no es creible tampoco que en todas las calles estuvieran ya completas las dos hileras de edificios que las formaban, sino que se verian interrumpidas por solares vacios (1); los empedrados eran raros; la policia estaba en completo abandono, y si hoy nos fuera dado tener á la vista aquella ciudad, nos parecerian sin duda hasta risibles los encomios de Cervántes. Pero recordemos lo que eran entonces las grandes ciudades europeas, que hoy sirven de término de comparacion para apocar la nuestra, y eso que llevaban siglos de fundadas. Aquellas se han engrandecido despues de una manera sorprendente, mientras que México, víctima de las locuras de sus hijos, no ha seguido, con mucho, el mismo paso. Mas en el siglo XVI, cuando las famosas ciudades de los Estados-Unidos no pensaban en salir del polvo, Mexico, con sus ámplios y sólidos edificios, su universidad, sus colegios, sus iglesias, su poblacion mixta, su asiento en un gran valle, su antigua fama, su riqueza y su incomparable clima, aventajaba á muchas ciudades de Europa, y era, sin disputa, la primera de las Américas. Sin ir tan lejos, todavia á principios del presente siglo el Baron de Humboldt decia: «Por una reunion de circunstancias poco comunes, he visto consecutivamente y en un corto espacio de tiempo, Lima, México, Filadelfia, Washington, París, Roma, Nápoles, y las mayores ciudades de Alemania. Comparando unas con otras las impresiones que se suceden rápidamente en nuestros sentidos, se puede llegar á rectificar una opinion que acaso se ha adoptado con demasiada ligereza. En medio de las varias comparaciones cuyos resultados pueden ser menos favorables para la capital de México, debo confesar que esta ciudad ha dejado en mí cierta idea de grandeza, que atribuyo principalmente al carácter de grandiosidad y la naturaleza de sus alrededores.» (2)

1 A fines de 1525 habia en México «casi ciento cincuenta casas de españoles,» que estarian como perdidas en el espacio abarcado por la *traza*. (*Carta de Rodrigo de Albornoz*, apud *Coleccion de Documentos para la Historia de México*, tom. I, pág. 506.) Es indudable que en tiempo de Cervántes el número de edificios habia crecido notablemente.

2 *Ensayo político sobre la Nueva España*, lib. III, cap. 8, § 1.

La antigua ciudad azteca estuvo dividida en dos, ó mejor dicho, se componia de dos ciudades contiguas, pero distintas, y cada una con sus reyes propios. La principal se llamaba Tenochtitlan México, y era la residencia de los emperadores mexicanos: la otra menor, llamada Tlaltelolco, estaba situada al N. E. de aquella: allí se hallaba el famoso mercado comun á ambas: dividíalas una simple zanja. En una guerra que Moquihuix, rey de Tlaltelolco, emprendió contra su cuñado Axayacatl, emperador de México, fué vencido aquel, y el Tlaltelolco quedó desde entonces unido á la gran Tenochtitlan. Así las hallaron los españoles.

El número de los habitantes de la antigua México se hace subir á trescientos mil (1). Suponiendo esto cierto, y tomando en consideracion que una parte del actual sitio de la ciudad era agua, que las casas, por lo comun, solo tenian un piso; que los palacios cogian una grande extension de terreno, y que los templos, que no ocupaban menos, eran incontables, no puede quedar duda de que la poblacion vivia apiñada en las casas. Tenia calles de tres especies: unas enteramente de agua, y que por lo mismo no eran transitables sino en canoas; á estas calles caian generalmente las puertas traseras de las casas, y por allí se hacia el servicio ordinario de ellas: á las orillas del agua tenian los vecinos sus huertas. Otras calles habia, y eran las principales, con una acequia ó grueso caño de agua en el centro, y dos tránsitos de terreno firme á los lados. Otras, en fin, no tenian acequia y eran muy angostas: servian para la entrada á las casas por tierra. Todo este laberinto de acequias estaba cruzado, como es de suponerse, por innumerables puentes, que completaban el doble sistema de comunicacion interior, por agua y por tierra. La ciudad, colocada en medio de las aguas como otra Venecia, se unia á la tierra firme por tres calzadas: la de Guadalupe, al norte, la de San Antonio Abad, al sur, y la de Tacuba al poniente: por la parte de oriente no habia calzada que atravesase el gran lago de Tezcoco (2). Aunque los conquistadores nos han hecho pomposas descripciones de la orgullosa ciudad azteca, se percibe á través de ellas, que si bien los templos, los palacios y algunas casas de los señores princi-

1 Prescott (*Conq. of Mexico*, book IV, ch. 1) recopiló los testimonio de diversos autores acerca de la poblacion de la antigua México, y dice que ningun contemporáneo la estima en menos de sesenta mil vecinos. Torquemada llega á decir que tenia ciento veinte mil casas, y más de trescientos mil vecinos! (Lib. III, cap. 23.)

2 Cortés (*Carta II*, pág. 102) numera cuatro calzadas: tal vez incluyó en la cuenta el ramal que de la calzada de Iztapalapa (S. Antonio Abad) iba á Cuyoacan, y se desprendia en el punto donde estaba situado el fuerte de Xoloc (BERNAL DIAZ, cap. 88), esto es, en la garita de S. Antonio Abad. (ALAMAN, *Disert.*, tom. I, pág. 130.)

pales se hacian notables por su grande extension, las habitaciones del comun de los vecinos eran humildes y de poca cuantía. Así es que el Dr. Balbuena, escribiendo en los primeros años del siglo siguiente, se creyó autorizado para decir que menos de cien años atrás, solo se veian en México

«Chozas humildes, lamas y lagunas.» (1)

El largo sitio que los españoles hubieron de emprender para ganar la ciudad, y la necesidad en que se vieron de demoler la mayor parte de los edificios para atajar el daño que desde ellos recibian, y colmar con los escombros las acequias y cortaduras, que tanto entorpecian el avance, y tan fatales les habian sido en la retirada de la *Noche triste*, fueron causas reunidas de que la antigua ciudad desapareciera del todo, quedando en pié poco más que los grandes templos, cuya solidez se prestaba mal á aquella rápida destruccion, pero que despues vinieron al suelo á impulso del celo religioso de conquistadores y misioneros. Con esto se explica el hecho de no haber hoy en México ni una sola ruina del tiempo de los aztecas, y se corrobora la opinion de que la generalidad de aquellos edificios era de adobe y de poca importancia, pues de otra manera no era posible que en breve tiempo hubiera demolido Cortés siete octavas partes de la ciudad (2).

Casi destruida y ganada del todo, en fin, la gran capital, quedó tan inficionado el lugar con los cadáveres de los innumerables indios muertos durante el asedio, que los españoles hicieron salir á los que quedaban, y ellos mismos fueron á establecerse en Cuyoacan. Allí tuvo principio propiamente la fundacion de la ciudad, pues allí se organizó el primer ayuntamiento de México. (3).

1 *Grandeza Mexicana*, Epilogo.

2 Carta III, pág. 289. — No solo han desaparecido en México todos los edificios aztecas, sino tambien los primitivos de los españoles. No hay iglesia que no haya sido construida dos ó mas veces, y lo mismo ha sucedido con las casas particulares. En los principios, lo débil del suelo hacia que las fábricas pesadas se hundieran, y como de entonces acá se va elevando constantemente el piso, se entierra poco á poco toda la ciudad. Con lo que se ha gastado en México para levantar las calles y sepultar las fincas, habria habido más de lo necesario para poner el remedio radical, haciendo la obra del desagüe directo del lago de Tezcoco.

3 Confieso no haber hallado datos para fijar, siquiera aproximadamente, la fecha de la traslacion del cabildo á México. Bernal Diaz (cap. 158) nos dice que Cortés se pasó á México despues de la llegada de Narvaez á Cuyoacan, y antes de la salida del mismo Cortés para Pánuco. Esta expedicion se verificó en 1522. Cortés escribe al emperador (Carta IV, pág. 377), que se trasladó á México cuando estuvo concluida la fortaleza de las *Ataraxanas*, y por la descripcion que hace de ella se comprende que fué obra larga. En otro autor encuentro que habiendo

Tratóse luego de la reedificacion, y aunque hubo diversas opiniones acerca del lugar en que debia situarse la nueva ciudad, prevaleció al fin la de Cortés que deseaba conservar el nombre y asiento de metrópoli tan insigne y tan famosa en toda la tierra. Quedó, pues, resuelto que la nueva poblacion ocuparia el lugar de la antigua, lo cual se observó con tal exactitud que la iglesia mayor quedó colocada en el sitio mismo del gran templo de Huitzilopochtli. Más acertado consejo habria sido adelantarse un poco hácia el poniente. Hízose venir de toda la comarca una multitud innumerable de indios para trabajar en los edificios de los españoles, que no fué poca vejacion para los vencidos, como lo conoceremos por los sencillos, pero enérgicos términos con que se expresa el P. Motolinia (1): «La séptima plaga (dice) fué la edificacion de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años «andaba mas gente que en la edificacion del templo de Jerusalem, «porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apenas «podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son «muy anchas; y en las obras, á unos tomaban las vigas, otros caian «de alto, á otros tomaban debajo los edificios que deshacian en una «parte para hacer en otra, en especial cuando deshicieron los templos principales del demonio. Allí murieron muchos indios, y «tardaron muchos años, hasta los arrancar de cepa, de los cuales «salió infinidad de piedra.» Aquellos edificios primitivos no debieron costar mucho á los españoles, porque, como dice el mismo padre: «Es la costumbre de esta tierra no la mejor del mundo, «porque los indios hacen las obras, y á su costa buscan los materiales, y pagan los pedreros y carpinteros, y si ellos mismos no «traen que comer, ayunan.»

Inmediatamente despues de la ocupacion de la ciudad, mandó Cortés que los indios la limpiasen, y que reedificasen sus casas en la parte que les señaló, dejando libre la que destinaba á los edificios de los españoles (2). Para proceder con órden, formó el

llegado en 1523 los PP. Gante, Tecto y Ayora, predicaron primero en Tezcoco, «por estar la ciudad de México con la conquista destrozada.» (BETANCURT, *Teatro*, Pte. IV, trat. 2, cap. 3, n.º 104.) El libro mas antiguo que existe de las Actas del Ayuntamiento de México, comienza en 8 de Marzo de 1524.

1 *Historia de los Indios de Nueva España*, trat. I, cap. I.

2 BERNAL DIAZ, cap. 157. Cito con este nombre al soldado cronista, por seguir el uso comun; pero no puede haber duda de que se llamaba *Diez del Castillo*. Véase á Gonzalez Dávila, *Teatro Ecco. de Indias*, tom. I, págs. 176, 177, y el n.º 12, tomo I del *American Historical Record*, Philadelphia, Dec. 1872, donde se halla el retrato y facsimile de la firma del conquistador. El articulista americano, equivocando el patronimico *Diez* con el numeral *Diez*, interpreta sériamente el apellido *Diez del Castillo*, por *the Ten of the Castle!*....

Ayuntamiento un plano que marcaba los límites en que debían comprenderse aquellos: lo demás se dejó para los indios, quienes colocaron sus casas sin orden, todo alrededor, y cercaron la ciudad española, quedando ellos á cargo de un gobernador de su nación, y divididos en cuatro barrios: el de S. Juan, el de Santa María, el de S. Sebastian y el de S. Pablo, conocidos respectivamente con los nombres mexicanos de Moyotla, Tlaquechiucan, Atzacualco y Teopan. (1)

El plano que los españoles formaron era conocido con el nombre de *la traza*, y se menciona con frecuencia en las Actas del Ayuntamiento, como que á él se referían muchas disposiciones, en especial la concesión de solares á los vecinos. Este plano, que tan útil sería para conocer la primitiva forma de la ciudad, no existe, y aun son inciertos los límites que por él se señalaron á la población de españoles. Según el Sr. Alaman (2), gran investigador de estas antiguallas, *la traza* «era un cuadro que abrazaba todo el espacio que limitan al oriente la calle de la Santísima y «las que le siguen en su misma dirección; al sur la de S. Gerónimo «ó S. Miguel: al norte la espalda de Sto. Domingo, y al poniente «la calle de Sta. Isabel.» Y en nota agrega: «En esta demarcación hago uso solamente del nombre de la calle mas conocida en «cada rumbo, debiéndose entender que el límite de la traza seguía «por las que continúan en la misma dirección, hasta cortarse unas «con otras formando el cuadro.» El Sr. Orozco y Berra, persona de no menor autoridad en tales materias, difiere del Sr. Alaman, en cuanto al lindero del norte, y dice (3), que si por *espalda de*

1 BETANCURT, *Teatro*, Pte. IV, trat. 2, cap. 3, n.º 63.—El inglés Roberto Tomson, que estuvo en México en 1556, dice que la ciudad no tenía arriba de mil quinientos vecinos españoles, pero que los indios vecindados en los barrios pasaban de trescientos mil. «Mexico was a cite «in my time of not about 1500 households of Spaniards inhabiting there, «but of Indian people in the suburbs of the said city, dwelt about 300000 «as it was thought, and many more.» HAKLUYT, *Voyages*, tom. III, pág. 539. Publiqué una traducción castellana de esta relación, en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 2.ª época, tom. I, págs. 203—213.

2 *Disertaciones*, tom. II, pág. 198.—El autor dice que no hay datos bastantes para fijar las dimensiones de los *solares* que se daban á los vecinos. Todo lo que en el particular he alcanzado á saber es que en las ordenanzas dadas en 1601 por el conde de Monterey para establecer los nuevos vecinos de Orizaba, se dice: «El sitio que á cada vecino de los «que nuevamente fueren á poblar se le podrá señalar. ... será un solar de «los de México, veinticinco varas en cuadro &c.» (ARRONIZ, hijo, *Hist. de Orizaba*, pág. 10.) La noticia, como se ve, es muy posterior á la conquista.

3 *Diccionario Universal*, tom. V, pág. 608.

Sto. Domingo se entiende la calle inclinada que corre desde la espalda de S. Lorenzo, Pulquería de Celaya y el Apartado, no está conforme con esa línea, y que á su juicio, «la verdadera demarcación es la que señala la línea de las calles del Puente del Cuervo, «Chiconautla, Cocheras, atravesando por medio la cuadra de Sto. «Domingo, la calle de la Misericordia, siguiendo derecho por «sobre las casas, á la calle del Puente del Zacate.» Las razones en que apoya su opinión el Sr. Orozco no carecen de peso; pero por otra parte la demarcación del Sr. Alaman tiene á su favor dos circunstancias. Una es la anchura de esa calle inclinada del Apartado, y su mismo trazo irregular, que parecen indicios claros de haber corrido por allí una de las primitivas acequias: la otra, que si prolongamos el trozo de acequia que todavía llega á la esquina de la calle del Carmen, viene á pasar precisamente por esa línea hasta juntarse con la acequia de Sta. María en la esquina del Puente del Zacate. En este lugar casi se confunden ambas demarcaciones; pero como no corren paralelas, la discrepancia va en aumento hácia oriente, hasta ser considerable en ese extremo. Acaso pudieran conciliarse ambas opiniones, admitiendo que hubo allí en diversos tiempos dos demarcaciones distintas, pues en el Libro de Cabildo hay repetidas constancias de que por ese rumbo se ensancharon los límites de la *traza* primitiva (1). Si la *traza* era un cuadro perfecto, sus ángulos debían quedar, al N. O. en la calle del Puente del Zacate, un poco atrás de la 1.ª calle de S. Lorenzo; al N. E. en la esquina de la calle de los Plantados y callejón del Armado; al S. E. en la esquina de la parroquia de S. Pablo y calle de Muñoz, y al S. O. en la 3.ª calle de S. Juan, esquina de la plazuela de las Vizcainas. Siendo esto así, el perímetro no corre constantemente por calles actuales, sino que en varias partes tiene que pasar por lo edificado hoy, como fácilmente puede notar el lector, teniendo á la vista un plano de la ciudad. No debemos extrañar, porque es de creer que el cuadro, en especial por norte y oriente, que es donde mas se notan tales discordancias, no se cubrió de edificios sino mucho tiempo después, cuando ya no se hacía caso de la *traza*: si no es que desde el principio se acomodó la forma de esta á la de las acequias principales, lo cual juzgo mas probable, y casi seguro, pues no hay datos bastantes para afirmar que el espacio comprendido en dicha traza estuviera cortado por líneas rectas y paralelas.

Fuera de ese espacio no era permitido á los españoles edificar, porque lo demás quedó destinado exclusivamente á los indios, y aun se anulaban algunas concesiones de solares hechas contra esa

1 Véanse las actas de 14 de Enero y 22 de Febrero de 1527.

regla. Hubo, sin embargo, una excepcion. El recuerdo de la *Noche Triste* perseguia á los conquistadores, quienes se veian mal seguros en una ciudad rodeada de agua, y sin otra comunicacion con la tierra firme, que unas calzadas fáciles de cortar. Quisieron, pues, asegurar la salida en cualquier evento desgraciado, resguardando una de las calzadas, y eligieron, sin duda por mas corta, la de Tacuba, la misma que habia sido teatro de aquel desastre. Al efecto, se acordó «que para fortificacion de esta cibdad se den solares para «hacer casas que vayan á casamuro por delante é por las espaldas, «para se poder salir de esta cibdad hasta la tierra firme, é que sea «una acera de casas de una parte é de otra de la calzada, hasta la «alcantarilla que llega á la dicha tierra firme.» (1) Este fué el origen de la larga calle que corre desde la esquina del Puente de la Mariscala hasta la *Tlaspansa*, saliéndose de la *traza*, y que hasta el dia forma en su mayor parte una prolongacion aislada hácia poniente. Desde S. Hipólito no tenia salida alguna para el lado norte, pues las que existen han sido abiertas en estos últimos tiempos.

Fué muy notable, y no ha sido explicadâ todavîa de una manera satisfactoria, la considerable y casi repentina disminucion de las aguas que rodeaban la ciudad. Todos saben que el estrago de la *Noche Triste* fué ocasionado por la aglomeracion del ejército español en la calzada, comparativamente estrecha, que empezaba en el Puente de la Mariscala, donde estaba la primera cortadura, de manera que desde allí hasta cerca de Popotla habia agua por ambos lados. Pocos años despues vemos que se conceden solares para casas á uno y otro lado de esa vía, y lo que es más, se señalan huertas, no en una sino en varias hileras, unas á espaldas de otras. Por el S. O. ocupaba el agua casi todo el terreno desde el cerro de Chapultepec hasta invadir una parte de lo que ahora es la Alameda, y ya en tiempo de Cervántes no se hace mencion de aguas por allí, sino de ejidos de la ciudad (2). Segun Torquemada (3), la disminucion de las aguas comenzó á notarse desde el año de 1524, y la atribuye principalmente á haber atajado los españoles, para el riego de sus sementeras, los arroyos y ríos que entraban en las lagunas, y tambien á haberse recogido para el consumo de la ciudad las aguas de Chapultepec y Santa Fé, que antes se derramaban

1 No consta la fecha de este acuerdo: se habla de él, como de cosa pasada, en el cabildo de 3 de Agosto de 1528.

2 Sobre la antigua extension de las lagunas, véase OROZCO Y BERRA, *Memoria para la Carta Hidrográfica del Valle de México*, pág. 112.

3 Lib. III, cap. 28.—La noticia viene originalmente del P. Motolinia, *Hist. de los Indios*, trat. III, cap. 8.

en los alrededores. Mas á juicio de Henrico Martinez (1), la causa fué, que como los indios cultivaban poco terreno en las alturas, y no tenian caballos ni ganados, ni araban la tierra, esta se mantenía dura y apretada, por lo cual los aguaceros no la arrastraban á los lugares bajos. Lo contrario sucedia despues de la venida de los españoles, porque ellos lo araban todo, incluidas las laderas, y sus ganados pisaban y removian el terreno, de tal suerte, que las aguas llovedizas llevaban mucha lama y tierra á las partes bajas, que por lo mismo se iban elevando, mientras los altos se descarnaban y dejaban descubierta el *tepetate*. Este efecto de las aguas llovedizas es innegable; pero no conduce á explicar la disminucion de las lagunas: el limo que venia de los altos haria elevar el fondo y derramar las aguas sobre la ciudad, como de hecho habria sucedido, si el suelo de ella no se hubiera ido elevando á la par, como lo vemos. Concediendo á la labor de la tierra la importancia que le da el célebre autor del desagüe, podria decirse que la tierra floja y removida absorvia una cantidad de agua mucho mayor, y por eso recogian menos las lagunas. Las causas de la rápida disminucion de estas, despues de la conquista, fueron sin duda varias, y algunas puramente transitorias, pues de haber continuado obrando todas con igual eficacia, ya no quedaria de los lagos mas que la memoria. De todos modos es notable que se fije el año de esa disminucion, pues de ello se infiere que se verificó de una manera repentina y no gradual. En lo interior de la ciudad los españoles cegaron la mayor parte de las acequias, dejando solo algunos ramales principales, como el que corria por la calle de la Acequia (ó del Colegio de Santos), costado del Palacio, Portal de las Flores &c., é iba á juntarse con otro que atravesaba por las calles de S. Juan de Letran, Sta. Isabel y demas de la misma línea. Pasaba tambien otra acequia por las calles de Jesus, Arco de S. Agustin, S. Felipe Neri y Puente Quebrado, hasta juntarse con la anterior (2). Estas acequias principales han ido desapareciendo sucesivamente, y las pocas que quedan están en los suburbios. Pero aquellas dejaron un recuerdo de su existencia en los muchos nombres de *puentes* que aun tenemos en calles donde no hay ya ni señales de canal.

Carecemos todavîa de una historia particular de la ciudad de México, en que se refieran las variaciones que ha experimentado desde la conquista. Verdad es que el P. Andrés Cavo, jesuita, escribió en Roma una *Historia Civil y Política de México*, de que D. Carlos M^a de Bustamante hizo aquí en 1836 una impresion, tan descuidada como todas las suyas, con el título de *Los Tres Siglos de México durante el Gobierno Español, hasta la entrada del*

1 *Reportorio de los Tiempos*, trat. III, cap. 15.

2 SIGÜENZA, *Piedad Heróica*, cap. 3, n^o 22.

Ejército Trigarante (1). Pero esta obra, aunque dedicada al Ayuntamiento de México, y escrita en vista de los datos que se suministraron por su secretaría, no es propiamente una historia de la ciudad, pues fuera de la cansada enumeracion de los alcaldes y regidores que cada año eran elegidos, apenas contiene noticias peculiares á la ciudad, sino que se difunde en las del país entero. Solo alcanza hasta 1767, fecha de la expulsion de los individuos de la Compañía de Jesus.

El Sr. Alaman, en sus *Disertaciones*, fué el primero que ilustró de propósito la materia con eruditas y laboriosas investigaciones. Las rectificó y amplió en parte el Sr. Orozco y Berra, primero en el artículo *México* del *Diccionario Universal*, y luego en la *Memoria para el Plano de la Ciudad de México*, que imprimió en 1867. Pero ni uno ni otro escritor trataron de formar un cuerpo completo de historia. Sus estimables trabajos solo se refieren á una parte de la ciudad, y no han sido bastantes para fijar algunos puntos capitales. Todavía se disputa acerca de los verdaderos límites del gran templo de Huitzilopochtli, y no se ha hecho de una manera satisfactoria la delineacion ó restauracion gráfica de la plaza mayor, cual estaba á mediados del siglo XVI.

Mas no es de extrañar que tan diligentes escritores dejasen vacíos, y alguna vez incurrieran en equivocaciones. La materia no puede ser mas oscura, porque los datos para tratarla son sumamente escasos, y los que hay se hallan esparcidos en multitud de obras y papeles, y como perdidos entre un cúmulo de noticias ajenas al asunto. Aun suponiendo la posibilidad de adquirir todas esas obras, muchas de ellas rarísimas, y la paciencia, tiempo y discernimiento que se necesitan para la coordinacion y exámen de lo que en ellas se encuentra, tampoco se habria logrado el objeto, porque no se tendria lo bastante para aclarar todas las dudas. México, ya lo hemos dicho, no ha tenido cronistas especiales, que preparen materiales bien cordinados: casi todo ha quedado en noticias sueltas, ó lo que es peor, encomendado á la memoria de los vecinos. Las ciudades experimentan continuas variaciones: una calle nueva que se abre, unas casas que se reedifican, una acequia que se ciega, una plaza que se ocupa con edificios, la menor variacion en el alineamiento, pueden cambiar totalmente el aspecto de un lugar de la ciudad, y meter en mil conjeturas á los pósteros, que no acier-

1 Son 4 tomos en 4º menor: el último es de 1838. Los dos primeros comprenden la obra del P. Cavo: los otros dos el Suplemento de Bustamante. Todo se reimprimió en un volumen de letra menuda y pésima, (México, Navarro, 1852), y últimamente, con mejor apariencia, en otro volumen 4º mayor, (Jalapa, Ruiz, 1870). Aun se desea una buena edicion de esta obra.

tan á concordar lo que leen con lo que están viendo, pues los planos no están al alcance de todos, ni pueden marcar tampoco ciertos pormenores de los lugares. Los contemporáneos se figuran que por ser para ellos una cosa tan clara, lo mismo ha de suceder á los que vengan despues. No hay quien ignore, por ejemplo, la famosa historia del salto de Alvarado, de cuyo capitan se cuenta que habiendo llegado en la terrible retirada de la *Noche Triste* á la tercera cortadura de la calzada, y no hallando otro medio de salvar la vida, apoyó su lanza en el fondo, y con un desmedido salto logró pasar al otro lado del foso. Aunque el hecho es mas que dudoso, y parece inventado posteriormente, dió, sin embargo, nombre á la calle que todavía se llama del *Puente de Alvarado*. Allí se veia, no ha mucho, una zanja que indicaba el lugar del suceso. Atravesaba la calle precisamente por el zaguan del *Tivoli del Eliseo* y por el jardincito enverjado que queda enfrente y da entrada á la casa nº 5: el puente se hallaba *tras* de los arcos del acueducto, es decir, contiguo á la acera que mira al norte; la parte de afuera, al norte de los arcos, estaba empedrada y á nivel. Hoy no existen arcos, ni cortadura, ni puente: toda señal ha desaparecido, y cuando hayamos desaparecido tambien los que hemos sido testigos de tal mudanza, perecerá la memoria del lugar donde se hallaba el famoso *Salto de Alvarado*. Así ha sucedido y sucederá con muchos lugares de nuestra capital, unidos á recuerdos históricos, porque nadie cuida de conservarlos por medio de una sencilla inscripcion. Pero qué mucho, si las que existian en varias partes se han borrado ó destruido, ya por ignorancia, ya por el necio empeño de quitar de la vista todo recuerdo de la dominacion española; como si á ella no se debiera casi todo cuanto existe en la capital, y algo mas de que nosotros hemos dado despues buena cuenta.

Los archivos de las corporaciones religiosas, de algunas civiles, y de los establecimientos de caridad, que tanta luz pudieran darnos, han desaparecido al soplo de las revoluciones. El general de la nacion contiene poquísimos documentos del siglo XVI, y el de la municipalidad, probablemente el mas rico de todos para nuestro intento, no es accesible sino mediante ciertas formalidades á que no todos están dispuestos á sujetarse. Por fortuna el público disfruta, aunque solo en pequeña parte, de uno de los principales documentos para la historia de las variaciones de la ciudad, como son los *Libros de Actas del Ayuntamiento*, conocidos con el nombre de *Libros de Cabildo*, y que comienzan en Marzo de 1524 (1).

1 Corren varias copias manuscritas de los mas antiguos. Tengo una del primero, que ocupa 800 páginas en folio, escrita toda de mi mano, cotejada escrupulosamente y adornada con facsimiles de firmas y muestras

Pero nos faltan los tres años anteriores, que son precisamente los mas interesantes para seguir los pasos de la reedificacion. Los datos que ofrecen los que existen son bastante confusos, porque las indicaciones de lugares se refieren á otros tan conocidos entonces como ignorados hoy. Las calles tomaban por lo comun el nombre del vecino principal, y al concederse un solar se demarca expresando los nombres de los colindantes. Sin embargo, con perseverancia y sagacidad, pudiera sacarse mucho partido de esos libros.

Para las investigaciones de que estamos hablando, nada seria tan útil como la vista de planos antiguos, pues el mas tosco dibujo da en un momento mayor luz que las descripciones mas prolijas. Desgraciadamente, todos los planos de la ciudad que existen son de fecha comparativamente moderna, y de nada sirven para conocer lo que existia á mediados del siglo XVI. De ese siglo hay á la verdad algunos; pero son dibujos de puro capricho, y es lo mismo que si no los hubiera. Los mas antiguos que menciona el Sr. Orozco (1) son de principios del siglo XVIII, y por lo mismo inútiles para nuestro objeto. El Sr. Alaman emprendió formar uno, comparando «el actual estado y forma de la ciudad con la «que se le dió cuando se reedificó» (2); mas no llegó á concluir su trabajo, y si algo existe de él, como se asegura, yo no he logrado tenerle á la vista, aunque lo he procurado.

La descripcion de nuestro Cervántes ofrece, sin duda, datos preciosos; pero no es completa ni tan clara, que pueda comprenderse bien sin el auxilio de notas tomadas de otras fuentes. Conforme los interlocutores van hablando de los diversos lugares por donde pasan, he añadido algunas explicaciones relativas á esos mismos lugares. No es mi ánimo completar la descripcion de la ciudad, sino facilitar la inteligencia del documento que presento para ayudar á formarla. Pero sea porque realmente falten datos, ó porque yo no he sabido aprovechar los conocidos y descubrir otros nuevos, es lo cierto que la mayor parte de mis notas no sirven más que para presentar dudas, sin llegar á resolverlas. No me culpe, sin embargo, por ello el lector; antes bien agrádeczame lo poco que le digo, pues le aseguro que me ha costado mas trabajo que el que parece haber sido necesario para tan pobres anotaciones. Mas lo que deja una verdadera impresion de tristeza, es advertir

de letra del original. Por lo cual la prefiero á la impresion que modernamente se ha hecho en el «Boletín Municipal,» tan fea como descuidada. En iguales términos se ha impreso el segundo libro y se imprime el tercero. La publicacion de nuestros monumentos históricos ha caminado con desgracia: se ha hecho poco y mal.

1 Memoria para el Plano de la Ciudad de México, pág. 6.

2 Disertaciones, tom. III, pág. XV.

que casi todas las que se refieren á edificios que acreditaban la piedad de los beneméritos vecinos de la ciudad naciente, terminen con la noticia de su destruccion en nuestros tiempos de ilustracion y progreso, sin que me haya sido dable templar esa amargura, refiriendo la fundacion de otros mas útiles y espléndidos. Cuando aun no se conocia el nombre de «Establecimientos de Beneficencia,» de hecho se levantaban y dotaban ricamente á impulsos de la Caridad; hoy, en nombre de no sé qué civilizacion, se han destruido muchos, y si se mantienen otros que son indispensables para la vida de una gran ciudad, es con mil fatigas, y no á costa de las generosas y libres donaciones de las almas buenas, sino á fuerza de impuestos onerosos, que si alivian algunas miserias, llevan en cambio á muchas casas la desolacion y la ruina.

